

pues las otras dos se habían quedado detrás, en la orilla derecha del Saal.

El combate comenzó con la vanguardia prusiana, compuesta de la infantería del general Schmettau, de 25 escuadrones de Blucher y de una batería. Davout mandó formar el cuadro á sus fuerzas y con voz vibrante, como el sonido de una corneta, y encendido el rostro, exclamó: «Federico el Grande dijo que los ejércitos superiores en número son los que consiguen la victoria, pero se equivocó: son simplemente los más testarudos. Hijos míos, imitad á vuestro general.» Tres cargas, dirigidas personalmente por Blucher, no pudieron llegar siquiera á las líneas francesas; los soldados, con maravillosa sangre fría, no disparaban hasta el momento preciso en que llegaban á tiro, tomaban la puntería como en el blanco y sembraban el suelo de cadáveres. En este momento, algunos escuadrones de cazadores, que estaban de reserva ocultos en un bosque, se lanzaron de improviso sobre la ya quebrantada caballería prusiana y determinaron su fuga precipitada. La división Friant presentóse entonces en el campo de batalla, en el momento en que los prusianos, por su parte, recibían también refuerzos importantes, trabándose un nuevo y furioso combate alrededor de Hassenhausen. El duque de Brunswick trató de envolver la posición por la izquierda, copando á la infantería que defendía el Saal. Schmettau, que inició el ataque, cayó herido y hubo de retirarse; el duque de Brunswick, que se puso entonces al frente de los granaderos, llevándolos al asalto, fué muerto. El anciano Mollendorf, que le reemplazó, cayó también herido mortalmente, y al mismo monarca prusiano le mataron un caballo.

Pero la lucha era todavía muy desigual. La división de Orange acababa de reunirse al ejército de Prusia, al propio tiempo que llegaban también las fuerzas de la división Morand y formaban en línea de batalla bajo el nutrido fuego de la artillería prusiana. Una masa formidable de más de diez mil caballos se lanzó contra esta sola división, que no llegó siquiera á sufrir su choque, pues sus descargas fueron tan certeras que pronto formaron delante de ella una verdadera muralla de centenares de cadáveres de hombres y caballos. Una audaz maniobra de artillería, concebida y ejecutada con extraordinaria precisión y rapidez por el capitán (coronel después) Seruzier, con-

cluyó de quebrantar á la caballería prusiana, que se retiró detrás de su infantería. En este momento los franceses tomaron la ofensiva, tratando Friant y Morand de romper las filas enemigas, mientras que Gudin, en el centro, les dió el golpe decisivo, apoderándose de las alturas que dominaban el camino de Friburgo; todo el ejército prusiano declaróse entonces en retirada.

Así terminó esta memorable batalla, que hubiese sido ya una gloria verdadera en el mero hecho de haber conservado los franceses sus posiciones, pero que lo fué mucho mayor por cuanto lograron con-



El conde Carlos Esteban Gudin. (Dibujo de Mad. Le Suire)

seguir una completa victoria. Comprendese, pues, que desde aquel día se diese el dictado de *Inmortales* á las divisiones Morand, Gudin y Friant, y que sus jefes se recuerden en el ejército francés como modelos de generales de división.

El coronel Michel, uno de sus compañeros de armas, hizo un retrato del general Friant, que da una idea de lo que valían así éste como sus dos colegas, tan valientes y tan célebres como él. «Distinguíase el general Friant,—dice,—por su buen carácter, excelente corazón y generosos y humanos sentimientos. Quería entrañablemente á sus soldados, les atendía como si fuesen hijos suyos, haciendo vida común y alternando con todos, pero conservando siempre su dignidad y haciéndose querer hasta el punto de que ninguno de ellos hubiera vacilado en sacrificar gustoso su vida por salvar la del que llamaban

«nuestro bueno y querido padre.» Al caer á su lado en Moscou, herido mortalmente, uno de sus soldados de caballería ligera, le dijo: «Mi general, catorce años ha que sirvo á vuestras órdenes; dadme vuestra mano y moriré contento.» Tenía también un tacto especial para captarse el afecto de las tropas extranjeras que combatían bajo su mando. Era de elevada estatura, la cabeza erguida, sobre todo frente al enemigo, y porte distinguido; estaba dotado de recto y fino juicio, de valor y ardimiento indiscutibles y nunca dudosos, y á vivir en otra época hubiera figurado entre aquellos nobles y valientes paladines cuyo nombre han enaltecido la historia y los poemas épicos, que no contaban nunca el número de los enemigos sino al contar los cadáveres tendidos en el campo de batalla.»

Al retirarse el ejército real hacia Weimar encontró en su camino á los fugitivos de Jena, aumentándose el desorden y la confusión y convirtiéndose la derrota en un verdadero desastre por la persecución de Murat, aparte de que las fuerzas prusianas habían perdido muchos jefes y carecían de la unidad necesaria. La corte de Berlín, que consideraba imposible un contratiempo semejante, no había tomado la menor precaución para aminorar sus consecuencias. Los prusianos perdieron en estas dos batallas 70.000 hombres, 40.000 de ellos prisioneros; los franceses no llegaron á perder más de 12.000, cuya tercera parte pertenecía á la división Gudin, que resistió sola á todas las fuerzas del duque de Brunswick esperando á las otras dos divisiones del cuerpo de Davout. Dos días después de este desastre, Mollendorf, moribundo, capitulaba en Erfurt con 15.000 hombres. Hohenlohe huyó hasta Sondershausen y el rey de Prusia hasta Stettin.

La prodigiosa rapidez de este triunfo, que el mismo Napoleón no había podido prever, no consiguió deslumbrarle, é inmediatamente se dirigió sobre el Elba; pero antes de penetrar en el corazón de este reino, cuyas fuerzas había quebrantado de un modo tan completo, adoptó toda clase de precauciones para asegurarse la retirada en el caso de que una derrota, por improbable que fuese, le obligara á replegarse sobre el Rin.

Encargó á Murat, Ney y Soutt la persecución de Hohenlohe, que tenía la misión de reunir en Magdeburgo todos los restos del ejército prusiano. El príncipe Eugenio de Wurtemberg, que procedente de

Berlín, con un refuerzo de 18.000 hombres, al tener noticia de la derrota de Jena había ocupado una fuerte posición cerca de Halle, fué atacado en ella por el general Dupont, que sin esperar á Bernadotte, cuya vanguardia mandaba, se apoderó de los puentes y de las alturas atrincheradas de los prusianos, obligándoles á refugiarse en Magdeburgo, á donde había llegado ya Hohenlohe perseguido por Murat, Ney y Soutt. Sabiendo el generalísimo prusiano que Napoleón le había cerrado el camino de Berlín por su rápida marcha sobre esta ciudad,



Entrada en Berlín del Emperador Napoleón (28 de Octubre de 1806). De un dibujo de Debret

salió de Magdeburgo, con 22.000 hombres, con objeto de llegar á Stettin por el camino de Prentzlow, pero Murat atravesó el Elba y se dirigió sobre Zehdenik para cortarle el paso. Hohenlohe entonces trató inútilmente de llegar á Prentzlow por Boitzenburgo, pues atacado por Lannes y Murat en Templin, se vió obligado á capitular en Prentzlow con 15.000 hombres y 60 cañones (28 de Octubre). Blucher, uno de sus generales, se separó de él yendo á parar á Neustrelitz, en donde se le reunió un cuerpo de ejército de Weimar que no había tomado parte en la batalla de Jena. Con este refuerzo elevaron sus fuerzas á unos 25.000 hombres, con los que se dirigió hacia Rostock, pero fué detenido en su marcha por Murat; volvió hacia el

Elba y encontró á Soult, marchó hacia Havel y tropezó con Bernadotte. Apoderóse entonces á viva fuerza de Lubeck, que quería mantener su neutralidad, y trató de hacerse fuerte en esta plaza; pero fué arrojado por Murat y Bernadotte, que entraron en ella por asalto y la hicieron sufrir todos los horrores de la guerra. Blucher, que había logrado comunicar á sus soldados su indomable energía, reunió todavía 10.000 hombres y ganó la línea de Trave, pero al llegar á la frontera de Dinamarca se encontró con otro ejército dispuesto á cerrarle el paso y no tuvo más remedio que capitular. Durante estas operaciones, Ney se había apoderado de Magdeburgo (8 de Noviembre) y Murat de Stettin, mientras Davout se apoderaba de Leipzig (15 de Octubre) y de Berlín (18 de Octubre) y Napoleón se detenía en Potsdam (24 de Octubre), donde visitó con gran respeto la tumba de Felipe el Grande, cuya espada mandó á París. En 28 de Octubre hizo su solemne entrada en Berlín, cuyos habitantes se mostraron temerosos al paso de las tropas francesas, pero conservaron su dignidad. Respecto á Napoleón, no parecía satisfecho por tan brillante campaña.

«Sólo con profundo dolor y obedeciendo á la inflexible necesidad,—dice Armando Lefebvre,—llevó Napoleón sus armas contra Prusia, y al vencerla y al hundirla no sintió alegría ni alborozo por su victoria, pues en vez de calmarse su indignación, aún se acrecentó más contra los instigadores de esta fatal campaña.» Prorrumpía de continuo en amenazas contra los prusianos, especialmente contra la nobleza, que había pedido la guerra con mayor insistencia. «La reduciré á tan estrechos límites, decía, que la obligaré á mendigar su pan.» Sin embargo, Napoleón continuaba mostrándose asequible, bondadoso y humano, como lo fué siempre fuera del campo de batalla ó de la política.

El príncipe de Hatzfeld, á quien Napoleón conservó en su cargo de gobernador civil de Berlín y que se mostraba sumamente conciliador en las proclamas que dirigía á sus subordinados, abusaba de su posición para observar los movimientos de los ejércitos franceses y participarlos á su rey. En la especial situación que había aceptado respecto al Emperador, constituía esto una verdadera traición, que las ordenanzas militares castigan con la última pena. Juzgado por un consejo de guerra, fué condenado á muerte; pero su esposa, acompa-

ñada del mariscal Duroc, se presentó ante Napoleón, arrojóse á sus pies, y en medio de copioso llanto pidióle el perdón del príncipe; el Emperador la levantó con dulzura. «Al presentarle la carta de su marido,—escribió á Josefina,—díjome sollozando con gran pesar, al propio tiempo que con la mayor ingenuidad: ¡Ah, ésta es letra suya! Al leer aumentóse su congoja, hasta el punto de causarme verdadera



Napoleón otorga á la princesa de Hatzfeld el perdón de su marido (28 de Octubre de 1806). Cuadro de Boisfremont

pena; entonces la dije: — Pues bien, señora, quemad esta carta y ya no podré hacer que condenen á vuestro esposo. — Quemó la carta y me pareció sumamente satisfecha: su marido se salvó; dos horas más tarde ya estaba perdido.»

Desde Berlín dirigía Napoleón las operaciones, que continuaban á pesar de la ruina de Prusia. El anciano Estatúder de Holanda, príncipe de Fulda-Orange, había sido, con el duque de Brunswick y el Elector de Hesse-Cassel, instigador de la cuarta coalición, por lo que Napoleón declaró depuestos á los tres de sus respectivos tronos y en-